



# INAUGURACIÓN DE UN MERCADO DE ABASTOS

Vicente Benítez

**C**uando Bonifacio Villanueva llega a los Corrales de Prauderas para descansar, ya ha caminado más de siete kilómetros por caminos de montaña. Desde aquí, una meseta verde de mediana altura que domina la zona este de la cubeta del valle del Bierzo, puede columbrar en lontananza la tímida ciudad de Ponferrada, imaginarla aún dormida atrapada entre unas pocas luces pobres y amarillentas que la confinan como a un insecto en una tela de araña. Este hombre joven, que salió de Palacios de Compludo, una aldea de los Montes de León, mucho antes del amanecer dejando allí a su familia, se ajusta la boina redonda y chata de lana

negra y sucia para mirar la ciudad lejana y con el sol tibio de la mañana a su espalda, calcular el tiempo que aún le resta de marcha hasta alcanzarla. Aprovecha la breve parada para recolocar la carga que portan las cuatro caballerías en retata que le acompañan. La primera, que él trae del ramal, es un burro burdégano grande con los serones de esparto a rebosar de nueces. Le siguen dos machos y una mula burgalesa que, con diferentes alzadas, portan sobre sus lomos idénticos serones de esparto que el primero, lleno de castañas el segundo, carbón vegetal el tercero y de patatas cargada la mula que pone fin a la recua.

El cansancio no ha hecho mella en los semovientes, aunque pifian inquietos por la parada

y la visita de los primeros tábanos y moscardones del día les hace sacudir violentamente el rabo como un flagelo. Tampoco se hace notar en Bonifacio, un hombre adusto, curtido en los territorios de ultramar, acostumbrado al pesado trabajo del campo, que se dirige ahora a la inauguración del Mercado de Abastos de Ponferrada para vender en los puestos de calle los frutos de la última cosecha.

Bonifacio revisa uno a uno los aparejos de las caballerías, aprieta las cinchas flojas, ajusta los collarones, enmienda las cabezadas y frenillos, los ramales... tiene por delante la Cuesta de la Escrita, un peligroso descenso que le llevará con sus revueltas quebradas y pinas hasta el corazón del pueblo de Salas, uno de los tres que forman Los Barrios.

Arranca la hilera con Bonifacio y el julo a la cabeza para marcar con su paso la cadencia de la marcha. Las herraduras de los animales van componiendo una cierta musicalidad coordinada y alegre al chocar sus hierros contra las piedras sueltas del camino. A lo lejos se ven algunas cuadrillas de hombres trabajando afanados en los viñedos, cavando las cepas de la vid sin levantar la cabeza; algunos, en los prados, subidos a los manzanos y cerezos reparando los defectos de la poda o curando el fruto ya cuajado; otros arando las tierras fértiles con yuntas de vacas.

Cuando la recua de acémilas entra en el pueblo de Salas de los Barrios, que es la cabeza del partido judicial y ayuntamiento para todas las aldeas de la vertiente occidental de los Montes de León en aquella zona, se cruza con gente aislada que lo saluda, algunos lo hacen llamándolo por su nombre de pila y charlan con él un momento para hablar de las familias, de las cosechas o del tiempo. Se encuentra con grupos de tres o cuatro personas –casi siempre de la misma familia– que levantan la mano a su paso en señal de saludo. Todos son vecinos, hombres o mujeres que visten de idénticas formas, perfectamente intercambiables en su condición de asexuados, con colores apagados por la pobreza, salen al alba tibia de la mañana a los campos para iniciar sus duras faenas. Los menos lo harán trabajando las tierras para sí, porque la mayoría ganará hoy el jornal que reciban

de las dos o tres familias dueñas de la mayoría de los viñedos y los campos de estos pagos.

Acabada la cuesta, Bonifacio decide hacer otro alto en el camino para dar un respiro a los animales después de las tensiones en las grupas al bajar la fuerte pendiente. Cuando llega al centro del pueblo de Salas de los Barrios, en una plazoleta de tierra despejada de casas, Bonifacio ata el ramal del burro guía en la gruesa anilla de hierro que sobresale de la fachada de piedra de la fonda. “Buenos días nos dé Dios”, le saludan algunos hombres. Durante las mañanas la Fonda de Jesús huele a humedad, a madera y a salazón. A las tardes, cuando vuelvan los jornaleros de las viñas, aquel olor desaparecerá y lo tomará uno nuevo compuesto de aire espeso y picante, casi rijoso, que rezuma sudor de hombre con olores a cebolla y vino agrio.

El local ocupa toda la planta baja de la casona, extendiéndose de una esquina a otra en una sola nave sin compartimentar, único proceder para conseguir a la vez ser tienda de ultramarinos, droguería y mercería; taberna, comedor y fonda sólo se diferencian del resto por estar en la zona más oscura y alejada de la puerta de entrada. A esta hora ningún parroquiano ocupa las zonas más umbrías. Sólo algunas mujeres viejas, con la cara hollada por un trabajo campesino sostenido en el tiempo que la ha surcado de profundas arrugas. Visten ropones negros y van tocadas con pañoletas recias del mismo color, se arraciman ahora en torno a una mesa alta de madera basta que hace las veces de mostrador para comprar algún producto que les muestra y vende con seducción la mujer de Jesús en la zona de tiendas.

Bonifacio saluda al entrar y se encamina directamente a la taberna con un zurrón al hombro. Conoce a Jesús desde el tiempo en que el adolescente Bonifacio bajaba del pueblo para ganarse el jornal cavando estas viñas, alojándose en su fonda. Se saludan y hablan durante un buen rato de sus cosas, de los negocios de uno y del otro, de la industrialización minero-siderúrgica orgullo de la ciudad de Ponferrada, del aumento de su población y la rapidez con que las gentes abandonan los pueblos de la montaña llamados por la construcción de los embalses y espoleados por conseguir un jornal segu-

ro y digno; hablan del maquis, de Girón, de los años de plomo y del hambre de la posguerra penosamente superados. Decidido a tomar un refrigerio, Bonifacio se sienta a la mesa, pide una botella de vino tinto mencía y del zurrón saca la hogaza de pan negro, el tocino cocido entreverado y un chorizo escaldado. Todo lo come de navaja y en frío.

El camino que une los tres Barrios con Ponferrada es ancho y tiene un buen firme de tierra, con generosas cunetas laterales para un eficaz drenaje. Es la vía más utilizada por los pueblos de la montaña, incluso de la Maragatería, para acceder a la pujante y comercial ciudad de Ponferrada. Discurre entre castaños y nogales primero, luego entre viñedos, cerezos e higueras y en la llanura se deja flanquear obediente por hileras dobles de altivos chopos. A su derecha el pueblo de Campo, asentado sobre unas lomas bajas mira a poniente y el hombre se fija en su iglesia esbelta y monumental dedicada a san Blas, algo insólito entre aquellas pequeñas aldeas que pagan a diario un tributo oneroso por el simple hecho de sobrevivir a una miseria endémica y generalizada que ninguna autoridad está dispuesta siquiera a paliar. Se acuerda de los descendientes del Marqués de Campoalegre que aquí vivieron, de las casas blasonadas en el interior de la villa para volver de nuevo a la iglesia, mirar su torre de corte clasicista y confirmar cómo vista de lejos ya anticipa la nobleza y las gráciles proporciones que de cerca se pueden contemplar, tanto en amplitud como en los materiales usados, ya que en el Bierzo escasean torres y cantería para estos fines, siendo lo común construir espadañas de cantos rodados y lajas de pizarra.

Ensimismado en estos pensamientos artísticos que le devuelven con frecuencia a una Cuba colonial y entrañable, en este punto Bonifacio ya puede distinguir a lo lejos la fortaleza templaria coronando con sus bellas torres y lienzos la ciudad de Ponferrada que, con el chapitel y campanario de la Encina y la aguja metálica de San Andrés, delinean un perfil que se recorta esta mañana contra el fondo azul de un cielo profundo y despejado.

Bonifacio continúa a buen paso al frente de la recua y cruza el puente de Escaril que salva el

arroyo de la Franca para internarse en el poblado de Mascarón. Al poco de superar el punto de confluencia de los dos caminos, uno que lleva al Valle del Silencio y el otro —el que trae Bonifacio— llamado de la Montaña, se topa con una multitud de personas y animales en hilera haciendo cola delante de una caseta de pequeñas dimensiones que evoca una garita militar o un checkpoint americano. Es la “caseta del Fielato”.

La llaman “caseta de Arbitrio Municipal”, “caseta de Consumos” o simplemente “Fielato”; pero en realidad, oficialmente, se denomina Estación Sanitaria de Abasto que para este sector se halla en Mascarón, cerca ya del puente sobre el río Boeza. En la garita se encuentra el inspector o “consumista”, dependiente del Administrador General de Arbitrios Municipales, un personaje siniestro que pesa y tasa cada producto que se va a introducir en la ciudad cobrando por ellos las tasas y arbitrios municipales correspondientes según las ordenanzas municipales. Este personaje se constituye a su vez en inspector sanitario de los alimentos dando fe de su buen estado de conservación y consumo con la expedición del correspondiente recibo que luego han de presentar para ser autorizada la venta del género dentro de la ciudad. Es difícil y muy arriesgado evadir la caseta y sus impuestos. Como pagar estos arbitrios entra en los balances de pérdidas de Bonifacio, la recua que dirige se pone a la cola ocupando la última posición justo detrás de una mujerona gorda, ataviada de forma estafalaria con pañolones de colores que pastorea una docena de pollos de su propiedad, dirigiéndolos con los sonidos que le arranca a un chiflo de afilador. Ella permite a las aves que picoteen por las cunetas y huertas cercanas, y sólo de vez en cuando, quizás para hacer recuento de su mercancía, chifla para reunirlos y contarlos, obedeciendo fieles agrupándose mansamente. Más adelante una pareja de mediana edad, los dos con la cara muy triste y renegrada, llevan a lomos de un burro escuálido que parece haberse contagiado de la tristeza de sus amos, seis conejos encerrados en sendas jaulas de madera de finos barrotes. Un talludo hombretón de rostro moruno, con un parche que permite la mirada asesina por un

solo ojo y bigote imperial de guías alzadas, viste con traje de pana ancha, calza botas de caña y lleva colgada a la espalda una escopeta de caza marca Sarasqueta de calibre 12, abierta la recámara por estar en población, con la canana llena de cartuchos, al cinto. Sobre su hombro sostiene una vara larga de caña de unos dos metros de largo donde penden alambres en forma de anzuelos que sostienen por la base del pico taladrado las aves cazadas: perdices rojas, codornices, palomas, algún malvís y varios tordos... cuentas plumíferas de un colorido rosario de pájaros ahorcados. El resto de las personas que se encuentran a la espera de pasar el reconocimiento del fielato para vender sus productos lo componen campesinos que portan cestones de mimbre con hortalizas y verduras, jamones, chacinas, tocinos amarillos y rancios o licores caseros de orujos y vino embotellados en botellas de vidrio que al caminar sobresalen y se esconden dentro de los cestones de mimbre como guiñoles de un teatro enloquecido. La razón que explica el elevado número de personas que a estas horas de la mañana esperan pacientemente su turno en la puerta del fielato, no es otra que la inauguración en el día de hoy del primer Mercado Central de Abastos que tiene la ciudad de Ponferrada en toda su historia. Estamos en el año del Señor de 1957.

Porque un año antes de la última guerra civil, el ayuntamiento de la ciudad había solicitado la construcción de un mercado o plaza de abastos en la Cuesta del Campo, pero unos recursos contencioso-administrativos primero y luego el estallido de la contienda, malograron este fin. Los mercados semanales venían celebrándose los miércoles en la Plaza de la Encina y los sábados en la calle del Cristo. Las ferias —de ganado porcino, vacuno y equino—, por orden municipal, se habían trasladado en estos tiempos desde el Campo de la Cruz a la zona de Santas Martas, sin abandonar la zona alta, base y origen de la ciudad.

Llegado a la fortaleza templaria, Bonifacio se dirige con sus animales cargados a la pensión La Lola, lugar donde se hospeda siempre que baja a la ciudad. La pensión no es más que una casa antigua de planta y piso adosada al lienzo de la muralla. La dirige con mano firme Lola, una mujer

carismática entrada en años, con una entereza envidiable, la pensión fue durante los pasados años un lugar muy concurrido y ocupado por huéspedes de la montaña leonesa. Bonifacio ata las caballerías a unas herraduras encastradas que sobresalen del muro del castillo. Descarga y entra en la bodega de la pensión la mitad de las nueces y castañas y todo el carbón y las patatas, según lo convenido en la venta con la señora Lola, recoloca y reparte las nueces y castañas sobrantes en los serones de la misma caballería con el fin de venderlas en el mercadillo exterior de la Plaza de Abastos.

Bonifacio Villanueva parte de la pensión La Lola a lomos de la yegua burgalesa, irreconocible ahora por el enjaezado que luce para asistir a la inauguración del mercado. Dobla al final del lienzo del castillo templario para embocar la ronda Tras la Cava y ver desde este promontorio La Puebla, la parte baja, nueva y llana de la ciudad allende el río que se ha convertido en la zona pujante y en expansión de la ciudad. Frente a él distingue, con la claridad que le ofrece la cercanía, unas casuchas pequeñas, desiguales, construidas en precario, pegadas entre sí temerosas de que un viento fuerte las derrumbe; cuelgan sus corredores casi aplomados al río mientras hincan sus cimientos en su margen derecha, un cortante acantilado. Es la Calleja del Río. Al fondo de esta alineación destaca la torre de la iglesia de san Ignacio como un zigurat babilónico, observatorio de la planicie de las Huertas del Sacramento que vigilara un plano frondoso delineado finamente por acequias de riego que dividen en pequeñas tablas de un damasquinado pensil nutrido por el lodo y las aguas del río Sil.

Contra el monte Castro se interpone el montículo artificial de escorias conocido por la “montaña de carbón” creciendo a buen ritmo y a su altura las dos centrales termoeléctricas como dos buques varados, con sus chimeneas vomitando con fuerza penachos de humo —los últimos aún son residuos incandescentes—, que agrisan el cielo. Más cerca, ve con detalle la espadaña de la iglesia de san Pedro y el cauce del río Sil colándose por bajo del arco medieval del puente de Cubelos. Bonifacio pica al mulo con la espuela y emboca la calle pina del Ra-

ñadero que le llevará en fuerte descenso hasta el mismo arranque del puente. Se cruza, a su paso, con otras caballerías y personas aisladas que suben o bajan a la Plaza de la Encina por esta estrecha calle:

— ¡Buenos días nos de Dios! —el uno, que sube fatigado.

— ¡Vaya con Dios! — contesta el otro.

Así parecen darse sagrados ánimos para la subida de la pendiente o el deseo de buen acompañamiento en la bajada. Cruzado el puente de hierro que da nombre a la ciudad, deja a su izquierda la Calleja del Río y a su diestra la iglesia de san Pedro para tomar la calle Real que le llevará en su final a la plaza del Cristo. Las dos rúas son las más comerciales de La Puebla, con tiendas relucientes a ambos lados de la calle, embellecidas por rutilantes escaparates de cristal que amparan la exposición de sus productos. Establecimientos de coloniales y ultramarinos, guarnicionería, panaderías, tiendas de novedades y comercios de confección, mercerías y zapaterías, almacenes de granos, de abonos y semillas, despachos de bacalao, de vino turbio y de leche a granel...

Poco antes de llegar al final de la calle Real y para ceder el paso a un pequeño camión Chevrolet cargado de materiales de construcción, Bonifacio tira del ramal obligando al mulo a arrimarse a la fachada de la taberna del Pin. Es entonces cuando percibe a través de la immaculada vidriera del bar la cara virginal de una moza agraciada, morena y hermosa que se mueve con donaire y tiene unos ojos negros como el carbón berciano, almendrados y brillantes, vivarachos y saltarines que le cautivan en el acto. Quiere entrar en la taberna, más la premura por llegar a tiempo a la inauguración del mercado le hace desechar la idea, sin saber que el hecho de posponerla le iba a proporcionar más información sobre aquella atractiva mujer.

Más tarde, un conocido de Bonifacio que reside habitualmente en la ciudad, le va a relatar la historia de aquella muchacha peregrina, jienense de nacimiento, que al parecer quedó tan enamorada del Bierzo a su paso, que sin poder resistir esa querencia decidió abandonar su pueblo de Las Navas de San Juan para venir a aposentarse, junto con otros paisanos, en estas

tierras y poder disfrutar así de un oasis al noroeste que ella, en su quimera, presumía como el exclusivo y genuino Paraíso en la Tierra. Bonifacio deslizó disimuladamente en la conversación algo relacionado con su estado civil y el otro confirmó con rapidez la soltería de la joven, estado de gracia que vino a levantar el ánimo de Bonifacio haciéndole soñar despierto con un provechoso futuro.

La calle Real desemboca en la Plazuela del Cristo, lugar donde se encuentra ahora Bonifacio con sus caballerías. Desde esta pequeña y coqueta plazoleta ve con asombro la riada de gente que se dirige a la inauguración del Mercado de Abastos, entra y se deja llevar por el cauce torrencial de la marcha. No tiene que recorrer más de doscientos metros para toparse con otra nueva plaza, una gran explanada cuyo centro lo ocupa el edificio del nuevo mercado, que mira pasmado el joven Bonifacio. Y no es para menos, porque hoy 19 de junio de 1957, es el local más grande y concurrido de la ciudad. El arquitecto del proyecto fue Martínez Mirones, arquitecto municipal de origen cántabro, la obra realizada por una potente empresa de Madrid. Es una gran nave rectangular de hormigón armado con cierto aire basilical, de dos plantas comunicadas por escaleras y montacargas en sus partes centrales, que contienen 232 puestos en total. Diáfana la planta primera sólo ocupada por 30 puestos fijos situados en su perímetro y 46 bancadas. En la planta baja hay puestos interiores y bancadas y también exteriores que dan a la calle. Bien iluminado en general por amplios vanos acristalados en cubierta y paramentos laterales.

Ya está agolpada la muchedumbre en torno a la puerta principal del mercado, formando un semicírculo a la espera de la inauguración oficial. De repente, la Banda y Música del Ayuntamiento ataca el pasodoble militar "banderita". Bonifacio, privilegiado al estar montado sobre la yegua, ve llegar al grupo de las Autoridades con el Gobernador civil de León a la cabeza. Cesa la música y se dispone a hablar el Sr. Benítez, a la sazón Administrador General de Arbitrios Municipales, quien resume y alaba la obra solicitada ya hace más de seis años, se deshace en elogios hacia el Sr. Alcalde Don Luis

Nieto García y otros miembros de la corporación. Muy serios en primera fila el capitán de la guardia civil y el jefe de policía municipal, ambos en traje de gala; engalanado también de un blanco immaculado el jefe provincial de Falange sólo enlutado brevemente por unas gafas muy oscuras de carey y el negro bigotillo de moda. No hay mujeres entre las autoridades. El resto de la corporación, en severo traje de paisano. Se adelanta el Alcalde para cortar la cinta y descorder la cortinilla que cubre una placa de mármol con su nombre y el del gobernador civil y se cierra con las fecha de inauguración. Ya no cesará de sonar la música durante toda la mañana, recorriendo la Banda las calles adyacentes seguida por grupos de rapaces danzarines. Cuando Bonifacio Villanueva vuelve a la puerta de la taberna del Pin, ha vendido ya todos los productos bajados del pueblo. Solicitó a un Guardia Urbano en traje de gala uno de los puestos de calle que circundaban el moderno Mercado de Abastos recién inaugurado y que el Ayuntamiento de Ponferrada reserva los miércoles y sábados a particulares para la venta por libre de diferentes géneros autorizados, en especial los productos hortícolas —frutas y verduras—, productos caseros, miel y licores de manufactura artesanal, así como la venta de pequeños animales vivos como pollos, gallinas o conejos... El precio del asiento del puesto se había incrementado notablemente por ser un día especial, pero esa misma singularidad hizo que la concurrencia de los ciudadanos de la parte Alta y de La Puebla fuese muchísimo mayor que cualquier día de mercado, como se pudo verificar en el tropel de gente que acudió al acto de inauguración del mismo. Vendió, con gran provecho, los restos de castañas y nueces que la Lola no le había comprado. Puso el dinero recibido de la venta a buen recaudo, los billetes juntos, doblados en fajo dentro de la faltriquera que su madre Cayetana había cosido y camuflado en el cordel de la cintura de su pantalón de pana, las perras sueltas distribuidas por los bolsillos. En el zurrón de pellejo no depositó nada. Bonifacio sabe bien que aquel dinero no le pertenece, sino que es el resultado físico de la conversión de la fuerza motriz del duro trabajo familiar al unísono. Y que pertenece por

igual a todos los elementos individuales que constituyen la familia.

Bonifacio desmonta en la misma puerta, quizá intencionadamente para ser visto por la moza y por eso mismo lo hizo de una manera elegante y ágil, rayana de las poses ecuestres adquiridas por la aristocracia en las mejores escuelas inglesas de montar. Luego de atar los ramales de los dos animales en las argollas de la pared, el hombre se yergue y con un movimiento rápido de las manos se cepilla la chaqueta de pana gruesa y remendada como si quisiera espantar los restos de las migas después de una comida, encaja la boina negra de paño a la cabeza dándole con las manos forma de visera, se acicala el bigote estirándose las puntas para mirar hacia algún lugar impreciso y traspasar la puerta de la taberna con paso decidido.

El bar está mediado en su aforo y el ambiente cuajado de olor a fritanga de matanza, a pulpo y callos bercianos, enrarecido de humo denso de cuarterón barato. Al acercarse a la barra mirando de hito en hito, puede observar al cazador tuerto cómo sentado a una mesa se jugaba los dineros a los naipes contra otros tres parroquianos. De la cocina sale la lozana y bella andaluza que sin mirar a Bonifacio le pregunta por sus deseos: “¿Qué quieres tomar?” El joven al oírlo en el aire, al ser llamada desde otra esquina, aprende el nombre inusitado de ella —Ca-ro-li-na—, y lo masculle silabeándolo muy despacio para degustarlo en solitario como un onanista platónico; se guarda mucho de confesarle sus verdaderos deseos, que todos se resumían en uno: la deseaba a ella, a su cuerpo codiciado en la imaginación durante toda la mañana de ensueño como un conjuro mágico que lo abra-saba; anhela la posesión exclusiva de sus ojos relumbrantes que tanto le habían enajenado. Un codazo ajeno involuntario le devuelve a su aperreada vida. De momento, se resignaría con contemplarla, con tomar unos chatos de vino antes de sentarse para comer servidos por aquella angelical criatura y escudriñarla con la vista hasta embriagarse de su rozagante carne, exótica y joven.

Impelido por el apetito de la fatiga, Bonifacio da cuenta de unos sabrosos callos sin garbanzos que los enturbiaran, seguidos de una buena ra-

ción de pulpo a la berciana: en cazuela de barro con su moje, cortado a trozos y sazonado con sal, aceite y pimentón. Aunque no le gustaba habitualmente alargar la sobremesa, lo hizo en esta ocasión para dilatar el tiempo y admirar el contoneo de caderas que la andaluza Carolina se marcaba al servir las mesas. Galante, pide a la joven un café negro sin achicoria y una copa de orujo. Se fija en el cazador de tez aceitunada y parche de pirata en el ojo que seguía jugando y al parecer, ganando dinero fácilmente a los otros tres cuitados con cara de luna y zafios modales de pueblerino.

Bonifacio analiza la situación y llevado por demorar la estancia para estar más cerca de su doncella, se sienta a la mesa de los jugadores y pide cartas. Los tres paletos se ven aliviados con la presencia del osado caballero y sin cuajo abandonan raudos la taberna. Queda Bonifacio solo, frente a frente con el tuerto para jugarse el dinero de la venta. No le importa, mientras Carolina se pasee a su lado y a veces lo roce ligeramente en algún descuido, el será feliz. Comienzan a llegar mirones que rodean la pareja. Piden rondas de aguardiente y de coñac que las anotan a las partidas cuando éstas ya van mediadas. Bonifacio gana las tres

primeras manos: “la suerte del novato”, piensa el otro. Pero aún gana una más, suficiente mientras el cazador resopla y ve en una súbita alucinación, cómo sus aves retoman el vuelo después de cazadas y vendidas. Bonifacio advierte un movimiento extraño en las manos del tuerto, se levanta y empuña al tahúr por el antebrazo cuando intenta sacar de su manga unas cuantas cartas. El tuerto las había marcado y le iba a dar el cambiazo. Pero ágil y dinámico, el joven propina un guantazo al tuerto que le hace rodar por el suelo.

Todo ocurre muy deprisa: Bonifacio no vio el rastro que, como una estela de plata, dejó la hoja de la navaja cabriterera que el tuerto clava “a la veneciana”, de abajo arriba, en la cavidad abdominal del bravo Bonifacio. Es la primera de las tres puñaladas traperas que aquel día iba a recibir; la segunda, al palpase la faltriguera y notar su ausencia; la última cuando es llevado a la “silla de la reina” por hombres que corren hacia las Urgencias de la cercana Clínica Linares; esta tercera puñalada es la más dolorosa porque va dirigida a su alma aún sangrante: puede ver en la lejanía a su amada y zalamera doncella Carolina agarrada fuertemente de la cintura, deshaciéndose en carantoñas con el cazador tuerto.

Ilustración: Pablo Moncloa

